

ELLOS FUERON *GUARDIAS ROJOS*: LOS TESTIMONIOS LITERARIOS
DE JUNG CHANG Y GAO XINGJIAN SOBRE LOS PRIMEROS
AÑOS DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL CHINA

Adolfo Calero

Universidad Católica Andrés Bello

RESUMEN

El presente artículo describe la participación de los escritores Jung Chang y Gao Xingjian como *guardias rojos* durante los dos primeros años (1966-1968) de la Gran Revolución Cultural Proletaria china, relatada en sus respectivas obras *Cisnes salvajes. Tres hijas de China* (1991) y *El libro de un hombre solo* (1999). Se exponen los motivos que impulsaron al gran jerarca de dicha revolución, Mao Tse-Tung, a desatar un movimiento de masas que subvirtió el orden sociocultural a través de la purga del Partido Comunista y de toda la sociedad, empleando para ello la violencia de una juventud manipulada a la cual Mao bautizó *Guardia Roja*. En este contexto, Jung y Gao relatan cómo debieron ofrendar su vitalidad e idealismo juveniles a la defensa de una causa que les resultaba del todo ajena, pero a la que fueron abocados por una presión social totalitaria y el culto a la personalidad del líder.

Palabras clave: Jung Chang, Cisnes Salvajes, Gao Xingjian, *El libro de un hombre solo*, guardias rojos

ABSTRACT

THEY WERE RED GUARDS: JUNG CHANG AND GAO XINGJIAN'S LITERARY TESTIMONIES ABOUT THE FIRST YEARS OF THE CHINESE CULTURAL REVOLUTION

This article describes the participation of writers Jung Chang and Gao Xingjian as *red guards* during the first two years (1966-1968) of the Great Chinese Proletarian Cultural Revolution, recounted in their respective works *Wild Swans: Three Daughters of China* (1991) and *One Man's Bible* (1999). The article exposes the reasons that prompted the great hierarchy of this revolution, Mao Tse-tung, to unleash a mass movement that subverted the sociocultural order through the purge of the Communist Party and the whole society, using the violence of a manipulated youth which Mao baptized *Red Guard*. In this context, Jung and Gao tell how they had to offer their youth vitality and idealism to the defense of a cause that was completely alien to them, but to which they were led by a totalitarian social pressure and the cult of the leader's personality.

Keywords: Jung Chang, Wild Swans, Gao Xingjian, One man's Bible, Cultural red guards.

RÉSUMÉ

ILS ONT ÉTÉ DES GARDES ROUGES : LES TÉMOIGNAGES LITTÉRAIRES DE JUNG CHANG Y GAO XINGJIAN SUR LES PREMIÈRES ANNÉES DE LA RÉVOLUTION CULTURELLE CHINOISE

Cet article décrit la participation des écrivains Jung Chang et Gao Xingjian en tant que Gardes rouges au cours des deux premières années (1966-1968) de la Grande Révolution culturelle prolétarienne chinoise, relatée dans leurs ouvrages respectifs : *Les cygnes sauvages* (1991) et *Le livre d'un homme seul* (1999). On présente les raisons qui ont poussé le grand dirigeant de cette révolution, Mao Tse-Tung, à déclencher un mouvement de masse qui a renversé l'ordre socioculturel par la purge du Parti communiste et de toute la société, en se servant de la violence d'une jeunesse manipulée que Mao a baptisée la Garde Rouge. Dans ce contexte, Jung et Gao racontent comment ils ont dû offrir leur vitalité et leur idéalisme juvéniles envers la défense d'une cause qui leur était totalement étrangère, mais vers laquelle les poussaient la pression sociale totalitaire et le culte de la personnalité du chef.

Mots-clés: Jung Chang, *Cygnés sauvages*, Gao Xingjian, *Le livre d'un homme seul*, *Gardes rouges*.

RESUMO

ELES FORAM GUARDAS VERMELHOS: RELATOS LITERÁRIOS DE JUNG CHANG E GAO XINGJIAN SOBRE OS PRIMEIROS ANOS DA REVOLUÇÃO CULTURAL CHINESA

Este artigo descreve a participação dos escritores Jung Chang e Gao Xingjian como guardas vermelhos durante os dois primeiros anos (1966-1968) da Grande Revolução Cultural Proletária Chinesa, exposta nas suas respectivas obras *Cisnes Selvagens. Três filhas da China* (1991) e *O livro de um homem seul* (1999). Expõem-se os motivos que fizeram com que o grande impulsor desta revolução, Mao Tse-tung, desencadeara esse movimento de massas que subverteu a ordem sociocultural através da purgação do Partido Comunista e de toda a aos seus interesses, mas à qual eles eram forçados por uma pressão social totalitária resultante de culto à personalidade do líder.

Palabras chave: Jung Chang, *Cisnes Selvagens*, Gao Xingjian, *Le Livre de um homme seul*, *Guardas vermelhos*.

1. DESTRUYENDO “LOS MONSTRUOS Y FANTASMAS DEL PASADO”

El fracaso económico y humanitario del Gran Salto Adelante colocó a Mao Tse-Tung en una posición muy comprometida dentro del Partido Comunista chino, cuyos miembros estaban realmente preocupados por las posibles consecuencias políticas que traerían consigo las decenas de millones de muertos producto de aquel devastador experimento. La intelectualidad afín al Comité Central del PCCh¹ criticaba a Mao a través del “lenguaje metafórico, fábulas y ejemplos históricos”, insinuando que las decisiones del Gran Timonel ponían en riesgo la autoridad e infalibilidad del Estado. Esto hizo ceder a Mao, lo cual aprovechó el Partido para decidir que debía renunciar a su cargo de Presidente de la República Popular en favor de Liu Shaoqi y su aliado, Deng Xiaoping,² quienes desde hacía un tiempo actuaban como barrera de contención frente a su voluntad. Por su parte Mao, que se refería a sí mismo como un “ancestro muerto”, estaba obsesionado con dos cuestiones que representaban para él la muerte de la Revolución tal como la había concebido. La primera era la formación de una casta burocrática y funcional urbana que, una vez devenida en clase hegemónica, aplastara al campesinado, verdadero núcleo de la ideología maoísta; la segunda, más grave aún, radicaba en su miedo al movimiento revisionista que se había desencadenado en la URSS a partir del XX Congreso del Partido Comunista (1956), cuando Nikita Jruschov denunció los crímenes del estalinismo. Mao temía que su pérdida de control sobre el PCCh —y, por ende, sobre la sociedad china— diera paso a la revisión y condena de su liderazgo, especialmente durante el Gran Salto Adelante (Fairbanks, 1996, pp. 459-460). Por todo esto, Mao necesitaba recuperar las riendas del Partido, para lo cual fue madurando la combinación de dos estrategias: guiar un movimiento radical de masas capaz de sobrepasar al propio Partido y eliminar toda resistencia mediante purgas de corte estalinista (Service, 2009, pp. 466-468). No obstante, Mao sabía que se toparía con la tenaz resistencia de Liu y Deng, por lo que veía necesario desplegar una campaña para desprestigiarlos como

¹ Partido Comunista Chino.

² Liu Shaoqi (1898-1969) fue Presidente de la República Popular china desde el final del fallido Gran Salto Adelante en 1961 hasta 1968. Deng Xiaoping (1904-1997) ejerció diversos cargos de importancia dentro del PCCh, incluyendo el de máximo líder del gobierno desde 1981 hasta sus últimos años. Ambos fueron defenestrados (Liu, de hecho, murió demente en prisión) durante la Gran Revolución Cultural Proletaria por sus explícitos desacuerdos con Mao.

“revisionistas” y “capitalistas agazapados” y así, posteriormente, sustituirlos con su aliado Lin Biao³ (Deng, 2006, p. 27). Este fue el germen de la Gran Revolución Cultural Proletaria⁴.

Así, hacia 1963, Mao iniciaba su plan encargando a Lin Biao la edición de un compendio con sus frases doctrinarias (conocido posteriormente como el *Libro Rojo*) para que se publicara masivamente. En 1964, Mao comisionó a Peng Zhen⁵ la dirección de una campaña contra escritores, intelectuales y docentes que no aceptaran las doctrinas del Partido (Service, 2009, p. 468) y, entre 1965 y 1966, El Gran Timonel engrasó la maquinaria de su revolución de masas reuniendo a la cúpula que habría de dirigirla (y que se conocería como “la Banda de Los Cuatro”), encabezada por su esposa Jian Qing⁶, Lin Biao, Kang Sheng⁷ y Chen Boda⁸. A finales de mayo de 1966, Mao suprimió los grupos de trabajo de la Revolución Cultural que Liu Shaoqi, Zhou Enlai⁹ y Deng Xiaoping habían establecido con el objetivo de mantener el movimiento bajo control del Partido; para sustituirlos, se instituyó una oficina denominada “Pequeño Grupo de la Revolución Cultural”, especie de cuartel general desde donde la camarilla designada por Mao dirigía las primeras purgas y persecuciones (Jung y Halliday, 2006, p. 627)¹⁰. Paralelamente, Mao ordenó

³ Lin Biao (1907-1971) fue ministro de la Defensa de China Popular entre 1959 y 1971. Se convirtió en uno de los principales brazos ejecutores de Mao durante la Gran Revolución Cultural Proletaria.

⁴ En adelante, GRCP.

⁵ Peng Zhen (1902-1997) perteneció a la “vieja guardia” revolucionaria y al PCCH. Cayó en desgracia con Mao poco antes de la GRCP por criticar algunas de sus posiciones sobre la cultura.

⁶ Jiang Qing (1914-1991), conocida como “Madame Mao”, fue la cuarta esposa del Presidente y, después de este, la dirigente más importante y temida de la GRCP.

⁷ Kang Sheng (1898-1975) Encargado por Mao de supervisar y dirigir el aparato de espionaje y vigilancia interna del PCCh durante la GRCP.

⁸ Chen Boda (1904-1989) fue presidente del Grupo Revolución Cultural entre 1966 y 1970, hasta que perdió la confianza de Mao y fue sustituido.

⁹ Zhou Enlai (1898-1976) fue primer ministro de China (entre otros cargos) desde 1949 hasta su muerte. Aunque se encargó de los asuntos de Estado durante la GRCP, se hizo popular por intentar mitigar los daños morales y materiales ocasionados por la Guardia Roja.

¹⁰ Deng Rong explica que “quienes dirigían el Partido, Liu Shaoqi, Zhou Enlai y Deng Xiaoping, intentaron mantener el control de la Revolución Cultural a través de ‘grupos de trabajo’, para encauzarla institucionalmente; mientras, la facción radical, liderada por Mao, pretendía desatar el caos de las masas y subvertir el orden civil, para así desarticular al Partido y obtener el poder total con el apoyo de masas al margen de cualquier límite partidista o civilizado” (2006, p. 33).

a Chen Boda que asumiera la dirección del *Renmin Ribao* (*Diario del Pueblo*) sin notificar a Liu Shaoqi. La edición del 1 de junio abría con el titular “Barred a todos los monstruos y fantasmas, a todos los revisionistas como Jrushov”, una señal para iniciar el gigantesco movimiento de masas con el cual, por primera vez desde 1949, se autorizaba una actividad política no tutelada por el Partido a grupos independientes de estudiantes y obreros; a esto siguió el llamado del mes de agosto a erradicar los “cuatro viejos”: las viejas ideas, la vieja cultura, las viejas costumbres y los viejos hábitos” (Service, 2009, pp. 468-469). Así, con Liu Shaoqi y Deng Xiaoping defenestrados, se iniciaba oficialmente la GRCP.

La GRCP se proponía utilizar a las masas para destruir las estructuras sociopolíticas que el propio Partido comunista había erigido desde 1949. La principal consigna de sus primeros tiempos rezaba “la Revolución Cultural aspira a cambiar al hombre en lo que le es más profundo” y, pese a cierta connotación metafísica de la frase, se puede deducir de ella que “cultural” equivale a “ideológica” en un sentido particularmente radical (Badiou, 2010, p. 14). Esto suponía una refundación de los valores comunistas basada en el relato de que el revisionismo y las viejas costumbres aún pululantes hacían peligrar la esencia de la Revolución, haciéndose necesario un retorno radical a los principios fundamentales del comunismo¹¹. En consecuencia, el mensaje a los jóvenes fue diáfano desde una fecha tan temprana como el 18 de agosto de 1966: “destruir todos los viejos conceptos, cultura, costumbres y hábitos de las clases explotadoras”. La juventud asumió la encomienda y barrió el país para cumplirla con rapidez (Deng, 2006, p. 42).

Mao deseaba una ruptura completa con el pasado reciente y distante, para lo cual impulsó violentos cambios en las costumbres e instituciones a lo largo del país. El Gran Timonel conocía la idiosincrasia china y sabía que la tradición y el confucionismo seguían siendo un dique que resistía la ideologización total, por lo que se hacía necesaria la destrucción de libros, obras de arte antiguas y cualquier otro signo de la vieja cultura¹². También había que cortar los vínculos

¹¹ Según explica John King Fairbanks, “Mao definía el ‘revisionismo’ como un abandono de las metas de la revolución y una aceptación de los males de los privilegios especiales y la acumulación de bienes mundanos, lo que podía denominarse una restauración del capitalismo” (1996, p. 462).

¹² No obstante —y paradójicamente— King Fairbanks explica que el confucionismo funcionó como un catalizador para la ideologización comunista de la sociedad china: “el problema parte en el campo, en la vida familiar de la aldea China, donde la enseñanza

de lealtad y afecto hacia la familia, así como las relaciones y modales sociales hasta entonces sobrevivientes (Service, 2009, p. 469). Para ello, se crearon las tres grandes categorías sociales: *rojos*, *grises* y *negros*. *Rojos* se consideraba a todos los provenientes de familias obreras, campesinas o comunistas; esta era la categoría modélica y hegemónica. Se etiquetó de *grises* a quienes fueron empleados de propietarios y a sus hijos; estos últimos tenían posibilidades de *reeducarse* en el comunismo, pero siempre estuvieron bajo sospecha y, a menudo, se les hostigaba por su pasado social. Por último estaban los *negros*, categoría nefasta que, a su vez, se dividía en otras cinco subcategorías: terratenientes, campesinos ricos, elementos nocivos, contrarrevolucionarios y derechistas. Una vez que se etiquetaba a alguien como *negro*, el estigma le acompañaba como un tercer apellido, acompañado del calificativo de “elemento nocivo” utilizado indiscriminadamente en China para desacreditar o perjudicar a cualquiera, ya fuera un funcionario del Partido o un obrero¹³ (Service, 2009, p. 473). Se habló entonces con insistencia del “crimen de clase”, expresado mediante el axioma “si el padre es un héroe, el hijo es un hombre verdadero; si el padre es reaccionario, el hijo es un huevo podrido”; con ello, se sugería astutamente una transmisión “genética” de la clase social con el objetivo de socavar el vínculo filial, pues ¿qué niño querría ser un “huevo podrido”? Por esto, los hijos de padres “sospechosos” fueron a menudo los más fervientes seguidores de Mao, casi siempre en busca de la redención social (Deng, 2006, p. 41).

2. LA JUVENTUD SACRIFICADA: LAS GUARDIAS ROJAS

Mao vio en la juventud el agente activo ideal para emprender su revolución de masas. El ímpetu, la rebeldía contra la autoridad, la camaradería y el deseo de aventuras propios del carácter juvenil, aunado a la escasa o nula memoria

confuciana de un orden social a través de la autosubordinación obediente ha dejado su huella hasta el día de hoy” (1996, p. 459).

¹³ Jean Louis Margolin explica que “muchos salidos de las ‘capas negras’, sometidos a la carrera de obstáculos representada por las selecciones y las sucesivas cuotas regidas por el principio del origen de clase, podían considerarse frustrados de cualquier posibilidad real de conseguir nunca un puesto conforme con su trabajo, su valor y sus ambiciones: los establecimientos escolares de élite, donde los ‘negros’ son muchas veces mayoritarios, serán frecuentemente también los más revolucionarios; y la apertura oficial de los guardias rojos a los ‘malnacidos’, decretada por la GRCP el 1 de octubre de 1966, hará dar a la Revolución un paso adelante de primera importancia” (en Courtois y cols., 2010, p. 581).

respecto a la sociedad prerrevolucionaria, constituían el combustible adecuado para incendiar la sociedad china¹⁴; según John King Fairbanks, Mao tenía en mente la idea de que la juventud estudiantil podía ser movilizada para atacar los males en los círculos dirigentes y purgar a China del revisionismo. Eso sería una forma de manipulación del movimiento de masas que, según su experiencia, constituía el motor del cambio social. Animando y conduciendo a la juventud urbana, obviamente Mao burló todos los principios de rectificación del Partido al interior de las filas del mismo (1996, p. 462).

Así, en junio de 1966, se instó públicamente a los estudiantes de secundaria y de las universidades a que enfilaran contra sus maestros y profesores por envenenarlos con “ideas burguesas” y atormentarlos con exámenes, los cuales quedaron suprimidos de inmediato¹⁵. Mao había escogido como primeras víctimas a los maestros, debido a que eran los encargados de transmitir la cultura y formaban el grupo más al alcance de la furia juvenil. Así, millones

¹⁴ Respecto a la elección de la juventud como principal ejecutora de la GRCP, Jean Louis Margolin señala que “quienes tienen entre catorce y veintidós años en 1966 serán para Mao instrumentos tanto más entusiastas cuanto que comparten al mismo tiempo fanatismo doctrinario y gran frustración. Fanatismo: primera generación completamente educada después de la revolución de 1949, es al mismo tiempo demasiado joven, y demasiado urbana, para saber nada de los horrores del ‘gran salto adelante’ [...] Mimada –de palabra- por el régimen, convencida de ser para Mao esa ‘página blanca’ pura de cualquier escoria sobre la que se escribirá la exaltadora epopeya de la construcción del comunismo, segura en palabras del viejo tirano de que ‘el mundo os pertenece. El porvenir de China os pertenece’, ha aprendido temprano que, como diría una canción de los guardias rojos, ‘el partido es nuestra madre y nuestro padre. Y en caso de conflicto de paternidad, la elección debe estar clara: renegar de sus progenitores”. Y luego agrega: “estos jóvenes enseñados a comportarse como pequeños robots se sienten frustrados. Frustrados de heroísmo, cuando la generación de sus padres les llenen los oídos con sus enseñanzas revolucionarias y guerreras, imaginarán la Larga Marcha, las primeras bases rojas o la guerrilla antijaponesa Durante los enfrentamientos de 1966-1968 [...] frustrados de lo esencial de la literatura clásica y de cualquier posibilidad de libertad de discusión frente a los hiperprudentes profesores que salieron con vida de la rectificación de 1957, iban a utilizar sus pobres conocimientos -esencialmente las obras de Mao y una pizca de Lenin- para criticar, en nombre de la Revolución, la gris machaconería a que había dado lugar su institucionalización” (en Courtois y cols., 2010, pp. 580-581).

¹⁵ Jung y Halliday explican que, “para asegurarse de que los estudiantes no tuvieran ningún impedimento para llevar a cabo sus deseos, Mao ordenó que la escolarización se suspendiera a partir del 13 de junio. ‘Ahora han finalizado las clases’, afirmó, y a los jóvenes ‘se les da comida. Con la comida adquieren energía y les entran ganas de causar disturbios. ¿Qué van a hacer si no causar disturbios?’” (2006, p. 630).

de alumnos y de estudiantes se organizan entonces, y sin mucho esfuerzo encuentran en sus profesores, en sus responsables de universidad, luego en las autoridades municipales o provinciales que tratan de defenderlos, a los «monstruos y demonios» que hay que expulsar. Con cierta imaginación, se les seguía llamando «genios maléficos», cuando no eran «fantasmas bovinos» o «espíritus reptilianos» (Margolin en Courtois y cols., 2010, p. 583)¹⁶.

Por su parte, los jóvenes se sentían parte de algo realmente grande, pues por primera vez se les permitía participar en política y, en este caso, de una forma heroica: nada menos que militando en un movimiento encargado de salvaguardar al mismísimo Mao, auténtico padre y preceptor de todos los niños y jóvenes del país¹⁷. Este entusiasta activismo juvenil solo fue posible mediante una educación totalitaria basada en el culto a la personalidad del líder, cuyos frutos se estaban cosechando entonces¹⁸. Ahora, el rostro de Mao aparecía cotidianamente en la portada del *Diario del Pueblo*, el cual mantenía una columna fija dedicada a sus citas. En ese mismo verano de 1966, apareció el celeberrimo *Libro Rojo*, una síntesis radical y poco analítica del pensamiento maoísta

¹⁶ Margolin explica que los calificativos que comparaban a los repudiados con monstruos, demonios y animales repulsivos se proponían “suprimir, mediante el rechazo de identificación, cualquier posibilidad de piedad. Se sabe que estas denominaciones conducían por regla general a la ‘lucha’, y con bastante frecuencia a la muerte: el llamamiento a ‘destruir todos los monstruos’, que desencadenó el movimiento en la Universidad de Pekín, no era una frase inútil. El ‘enemigo de clase’, ataviado con pancartas, sombreros y a veces trapos ridículos (sobre todo las mujeres), obligado a posturas grotescas (y penosas), con la cara pintarrrajada de tinta negra, obligado a ladrar como un perro, a cuatro patas, debía perder su dignidad humana” (en Courtois y cols., 2010, p.584).

¹⁷ Al respecto, cuentan Jung y Halliday: “El 2 de junio, un grupo de estudiantes de secundaria de Pekín pegaron un cartel en las calles firmado con el expresivo nombre de los ‘guardias rojos’, para mostrar su intención de proteger a Mao. El texto estaba lleno de frases como: ‘¡A la mierda con los sentimientos humanos!’ ‘¡Seremos brutales!’ ‘¡Os aplastaremos [a los enemigos de Mao] y pisotaremos!’. Las semillas del odio que Mao había sembrado estaban dando fruto. Ya podía dar rienda suelta al matonismo de estos adolescentes intoxicados, la materia más maleable y violenta de la sociedad” (2006, p. 628).

¹⁸ Según King Fairbanks, el culto a la personalidad del líder en China (emperadores, señores de la guerra, caudillos) tenía profundas raíces sociológicas, lo cual facilitó la deificación de Mao: “como en China la autoridad descendía de una jerarquía vertical, lo que era incluso reconocido en el nivel de la masa, una vez que el PCCh [Partido Comunista Chino] asumió el poder su líder se tornó sacrosanto; superior a todo el resto de la humanidad, no sólo se volvió objeto de veneración, sino también reconocido como eje supremo de todos y cada uno de los miembros de la organización” (1996, p.461).

concebida como arma ideológica de bolsillo para ser blandida y recitada en toda ocasión. Además, surgieron diversos productos de *merchandising* con la imagen del Gran Líder, tales como chapas, retratos y bustos, al tiempo que se imprimían mil doscientos millones de ejemplares de sus *Obras selectas*, cantidad superior al total de la población china (Jung y Halliday, 2006, pp. 627-628). Así, la juventud estaba lista para fungir como grúa demoledora.

Para otorgarle un carácter radicalmente distintivo al movimiento de rebelión juvenil desatado, la camarilla de la GRCP promovió la creación de las Guardias Rojas¹⁹ a lo largo de todo el país. El 18 de agosto de 1966, durante una multitudinaria manifestación en la plaza Tiananmen de Pekín, Mao y sus aliados “bautizaron” a inmensos contingentes de estudiantes y maestros, invistiéndolos con la obligación de cumplir los objetivos de esta revolución dentro de la Revolución (Roffiel, 1978, pp. 192-193). Como símbolo de la alianza entre Mao y sus juventudes, la estudiante de secundaria Song Binbin le colocó al Gran Líder el brazalete de guardia rojo, en medio de un ambiente de exaltación nunca antes visto. En realidad, toda esta teatralidad se proponía generar un ánimo popular propicio hacia la violencia que la Guardia Roja estaba por desatar contra élites intelectuales, miembros del Partido y el conjunto de la sociedad. Bajo el lema de Mao “Bombardead los cuarteles generales de la reacción”, los guardias rojos enfilaron su furia revolucionaria e iconoclasta contra todo vestigio material del pasado cultural, al tiempo que perseguía, violentaba y sometía a interrogatorios de masas (llamados “sesiones de lucha de clases”) a todos los representantes del magisterio, el funcionariado público y, finalmente –tal fue siempre el principal objetivo de Mao- a los miembros del Partido, sobre todo Liu Shaoqi y Deng Xiaoping (Anguiano Roch, 2017, pp. 11-12).

En esta primera etapa de la GRCP, solo podían ser GR los *rojos* de clase: hijos del proletariado, campesinado y funcionariado, miembros del Partido y parientes de mártires revolucionarios. Poco después, se amplió la admisión a aquellos *grises* que pudieran demostrar desafección hacia su antiguo pedigrí burgués, aunque como se ha mencionado antes, siempre se les consideró sospechosos (Roffiel, 1978, p. 215). Esto significó la instauración de una aristocracia social, basada en criterios puramente ideológicos que reglamentaban la moral, la conducta y el pensamiento según una genealogía militante o de clase. En este contexto, millones de personas no tenían ninguna oportunidad de respiro

¹⁹ En adelante, GR, tanto para designar a las *Guardias Rojas* como a los *guardias rojos*.

ni aun de supervivencia, pues las GR se encargaban de relegarlos debido a su origen. En tal sentido, la labor policial de los GR sobre la sociedad china resultó más eficaz y expeditiva que la de cualquier órgano represor del Partido. Bastaba con sospechar de alguien para detenerlo, y la detención, a su vez, implicaba culpabilidad, obligando al *criminal* a confesar sus delitos y estudiar el pensamiento de Mao para reformarse; negar las acusaciones solo confirmaba la culpabilidad, y acarreaba sobre el contumaz penas que iban desde la paliza hasta la ejecución (Jung y Halliday, 2006, p. 472). Así, armados con la consigna “la lucha de lo nuevo contra lo viejo”, los GR cedieron a una tendencia negativa propia de las revoluciones: la barbarie adoptada por una masa liberada de sus ataduras civilizadas que acomete la iconoclastia y la persecución por motivos aparentemente fútiles (Badiou, 2010, p. 22). Sin parámetros civilizatorios ni castigo, en aquellos jóvenes se inhibieron los escrúpulos y se dio rienda suelta a la crueldad en todas sus variantes. Con ello se cumplía la estrategia de Mao, sabedor de que esos impulsos suelen resultar incontrolables²⁰.

Después de desatar el terror en las escuelas, Mao dirigió las GR contra toda la sociedad. Los jóvenes atacaron desde los más intrascendentes rasgos culturales (como los letreros de tiendas y calles, a las que les cambiaban los nombres) hasta a las personas que llevaban el cabello largo, faldas o zapatos de tacón; a esto siguió la imposición de vestir ropa de estilo militar y calzar zapatos planos o botas. Mao también encargó a las GR perseguir a ciertas personas que él mismo había seleccionado, como cabezas provinciales del Partido que destacaban o eran muy apreciados por su trabajo (Jung y Halliday, 2006, pp. 632-633). Con ello, el Gran Timonel deseaba eliminar cualquier posible rival en popularidad o reconocimiento, a pesar de que nadie en China se habría atrevido siquiera a nombrarse junto a Mao en la misma frase. Finalmente, Mao desataría la persecución contra su verdadero objetivo: los dirigentes del Partido

²⁰ Jung y Halliday relatan que “al enterarse por sus padres y amigos de que Mao estaba fomentando la violencia, los Guardias Rojos se lanzaron inmediatamente a cometer todo tipo de atrocidades. El 5 de agosto, en un colegio femenino de Pekín repleto de hijas de funcionarios de alto rango (y al que habían asistido dos hijas de Mao), se produjo la primera muerte por tortura conocida hasta aquel momento. La directora, una mujer de cincuenta años madre de cuatro hijos, fue pateada y pisoteada por las chicas, que además le echaron encima agua hirviendo. También le ordenaron que caminara de un lado a otro cargada con pesados ladrillos, azotándola con cinturones del ejército de hebilla metálica y palos de madera tachonados con clavos, mientras caminaba dando tropezones. No tardó en desplomarse y morir” (2006, p. 630).

que habían mostrado reticencias respecto a sus políticas extremistas. Hacia mediados de septiembre de 1966, con una sociedad atemorizada y su posición consolidada como nunca antes, el Gran Líder encargó a Lin Biao que ordenara a la GR “denunciar y perseguir a las personas poderosas dentro del Partido que seguían el camino del capitalismo», mandato que les fue comunicado el 15 de septiembre en la plaza de Tiananmen haciéndolo extensivo a toda China. No obstante, dicha orden entrañaba una dificultad: el nuevo objetivo de las purgas, los miembros del Partido, eran mayormente los padres y familiares de las GR originales, las cuales había establecido una suerte de hegemonía por linaje dentro del socialismo; esto obligó a reformar las GR, pues por muy profunda que fuera la ideologización de la juventud, parecía poco realista esperar que esta acometiera una purga contra sus propios parientes. Por ello, Lin Biao formó nuevos grupos de GR, conocidos como *Rebeldes Rojos* o *Rebeldes Revolucionarios* ya que debían sublevarse contra sus jefes y supervisores para purgarlos. Esta nueva fuerza de choque se nutría de gente adulta, a menudo *grises* ansiosos por obtener un restablecimiento social merced a las más radicales demostraciones de fidelidad hacia Mao²¹. Tal como estaba calculado, GR originales y *Rebeldes* colisionaron, de lo cual resultó la práctica extinción de los primeros (Roffiel, 1978, p.194); por su parte, los grupos *Rebeldes* se multiplicaron rápidamente por toda China, pero su excesiva independencia y anárquica interpretación del maoísmo provocaron entre ellos graves enfrentamientos que pusieron al país al borde de la guerra civil, obligando a la intervención del Ejército en 1968 para desmantelarlos (Anguiano Roch, 2017, p. 18)²². Esta situación marcó el final

21 Jung y Halliday explican que “algunos rebeldes odiaban a sus jefes en el Partido y aprovecharon esta oportunidad para vengarse. Otros estaban ansiosos de poder y sabían que la única manera de ascender era mostrarse despiadados con los ‘seguidores del capitalismo’. También abundaban los matones y los sádicos” (2006, p. 638).

22 Anguiano Roch cuenta cómo el propio Mao se encargó de desmantelar la actividad de los *Rebeldes*: “Después de que a principios del verano de 1968 estallara en la universidad de Quinghua en Beijing una nueva ola de violencia entre facciones de guardias rojos [...], los principales dirigentes de las facciones en pugna fueron citados en el Gran Salón del Palacio del Pueblo y recibidos por el mismo Mao [...]. Para sorpresa de los rebeldes [...] Mao los sometió a una burlona crítica que fue acompañada de indicaciones tajantes de que se pusiera fin a las actividades desbordadas de los grupos rebeldes. Por ejemplo, Mao se dirigió a la lideresa de Bebida, Nie Yuanzi, por el apodo [...] ‘Viejo Buda’, que era como los eunucos llamaban a la emperatriz regente Ci Xi; a otra dirigente de la universidad normal de Beijing, Tan Houlan, le endilgó el título de emperatriz de los guardias rojos; en fin, se burló también de Kuai Dafu, que había sido instrumento de la señora Jiang Qing,

de la GR tal como había sido concebida e implementada hasta entonces, a la par que cerró uno de los capítulos más flagrantes y escandalosos del siglo XX sobre manipulación partidista y totalitaria de la juventud para la consecución de objetivos políticos.

3. ELLOS FUERON GUARDIAS ROJOS: EL MARTIRIO Y LA SOLEDAD DE JUNG CHANG Y GAO XINGJIAN

De entre los numerosos testigos presenciales que sobrevivieron a la amarga experiencia de haber sido pioneros en las GR de Mao, dos de ellos destacan por legar sendos testimonios literarios; estos son las memorias familiares *Cisnes Salvajes* (1991) de la reconocida autora sino-británica Jung Chang²³ y la novela autobiográfica *El libro de un hombre solo* (1999) del premio Nobel de 2000 Gao Xingjian²⁴. A pesar de pertenecer a géneros diferentes, ambos relatos abordan

y de Wang Dabin, joven presidente del Comité Revolucionario del Instituto de Geología, que había sido el favorito de Mao en la época en que azuzaba a los guardias rojos a tomar el poder” (2017, pp. 16-17).

²³ Jung Chang (Yibin, Sichuan, 1952) es escritora y profesora universitaria en Gran Bretaña. Hija de dos revolucionarios miembros del Partido Comunista Chino de la primera hora, su crianza se nutrió de las memorias de su abuela y su madre y de la gran afición de su padre por la literatura, haciéndola inclinarse hacia la lectura y la escritura. Licenciada en Inglés por la Universidad de Sichuan y Ph. D. en Lingüística por la Universidad de York, pasó de tener una infancia privilegiada a conocer el infierno de la GRCP: todos las prerrogativas que sus padres habían adquirido por pertenecer a la élite funcional del Partido se terminaron cuando ambos fueron perseguidos durante la “Tormenta de Enero”, destinada a purgar al Partido de elementos “derechistas”. En 1978 recibió una beca para estudiar en Inglaterra, lo cual marcó su abandono definitivo de China.

²⁴ Gao Xingjian (Ganzhou, 1940) es poeta, narrador, dramaturgo y artista plástico. Hijo de un empleado de banca y de una actriz miembro de la YMCA, se crió en un ambiente burgués y occidentalizado. En 1962 se licenció en la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing (BFSU) y trabajó como librero y traductor. Durante el Gran Salto Adelante (1958-1961) sus padres sufrieron persecución: a su padre le abrieron un expediente que lo marcaría de por vida, mientras que su madre falleció en un campo de “reeducación ideológica” (un hecho álgido de su vida que recuerda a menudo en *El libro de un hombre solo*). Catalogado durante la GRCP como “gris”, Gao se enroló como GR *rebelde* en 1966 y, después de la GRCP, se desempeñó como dramaturgo en Pekín. Hostigado constantemente por la dictadura comunista, decidió irse del país en 1987, después de la campaña “Contra la Contaminación Intelectual” que censuraba sus obras sin disimulo. Se radicó en París y no volvió a China. En 2000 se le concedió el premio Nobel de Literatura, hecho que indignó a las autoridades chinas a la par que le abrió las puertas del gran público internacional.

la vivencia personal del maoísmo y, más concretamente para el interés de este artículo, las experiencias de los dos autores como GR, diferentes en cuanto a sus posiciones sociales y políticas, pero finalmente confluyentes en el hurto de su inocencia e idealismo juvenil mediante la manipulación y la traición del Líder Supremo.

Cisnes salvajes constituye la crónica del siglo XX chino vista a través de tres mujeres de una familia: la propia Jung Chang, su madre y su abuela; allí se relata el tránsito de la conservadora China imperial hacia una pretendida modernidad republicana (1911) para la que el país no estaba preparado, lo que desencadenó la larga pugna entre nacionalistas y comunistas (1930-1940), con el triunfo final de éstos en 1949; todo ello narrado desde la historia personal de una abuela concubina de un General de los “Señores de la Guerra”, una madre revolucionaria de la primera hora y su hija, Jung, quien infructuosamente trató de seguir la senda de sus padres durante la Revolución Cultural.

Por su parte, la novela *El libro de un hombre solo*, netamente autobiográfica, describe la retrospectiva no lineal del protagonista (un escritor chino de fama internacional) por diferentes épocas de su vida durante el régimen comunista. Construido como un ente sin nombre, denominado alternativamente como Él o Tú por la voz narrativa, dicho protagonista simboliza la fragmentación moral y existencial de quien experimentó la locura colectiva de la GRCP. Así, como explica el crítico Liu Zaifu, “El ‘yo’ ha sido estrangulado y eliminado por la crueldad de la realidad, y solo quedan el ‘tú’ del presente y el ‘él’ de aquella época y de aquellas circunstancias, esto es, la realidad y el recuerdo, la existencia y la historia, la conciencia y la escritura”. Mediante un lirismo contundente y un realismo *extremo* que evoca de forma impresionista memorias y vivencias, Gao enlaza su historia personal y la de China para testimoniar la debilidad y el temor humanos que marcaron decisivamente a su generación bajo el opresivo yugo del maoísmo (Liu en Gao, 2003, pp. 534-535).

Por ello, ambos testimonios sintetizan los avatares de una generación de jóvenes cuya alma fue arrancada de cuajo, y en la que expresiones propias de la adolescencia tales como exuberancia, imaginación, rebeldía, energía y emotividad sexual fueron redireccionadas ideológicamente por Mao para su beneficio político, degradando las mentes púberes hacia el odio y la intolerancia, la culpa y el terror. Así, mientras la historia de Jung Chang es la de una adolescente que, siendo *roja*, fue engañada y traicionada mediante el

llamado a continuar la tarea revolucionaria de sus padres, la de Gao Xingjian representa la necesidad de supervivencia de un *gris* en una sociedad que había prescrito taxativamente el origen y la naturaleza de cada individuo. Ambos protagonistas, sin embargo, sufrieron los embates de una revolución utilizada como adminículo por un tirano ávido de poder total.

4. JUNG CHANG, EL CISNE ROJO-PÁLIDO²⁵

Como hija de notables funcionarios de Sichuan que se habían destacado en la Revolución de los años 50, Jung, de catorce años, pertenecía a la camada principal de jóvenes *rojos* que debían alistarse en las recién creadas GR: “en cuanto a mi candidatura, no podía ser más lógica, ya que pocos alumnos tenían padres de posición tan elevada como la de los míos” (Jung, 2010, p. 290). Ella, como millones de jóvenes en todo el país, deseaba ansiosamente responder al llamado de Mao para la transformación radical del país, por lo que fue impelida a anotarse como aspirante a ingreso:

En mi escuela se formó una organización de guardias rojos el 16 de agosto con la ayuda de algunos militantes procedentes de Pekín. Yo me había quedado en casa fingiendo estar enferma para así eludir las asambleas políticas y las terroríficas consignas, por lo que no me enteré de la creación del grupo hasta dos días después, cuando recibí una llamada telefónica en la que se reclamaba mi presencia para participar en la Gran Revolución Cultural del Proletariado (Jung, 2010, p. 289).

A pesar de que ardía en deseos de ser aceptada como GR, Jung no se sentía del todo apta debido a requerimientos que no armonizaban con su personalidad. Un GR debía ser radical, agresivo e intolerante con viejos modales y costumbres burguesas como la cortesía, la consideración, el respeto a los mayores o la más elemental misericordia. Esto antagonizaba con las enseñanzas de sus padres: un buen socialista podía ser compasivo, solidario y, sobre todo, respetuoso con el prójimo. Sin embargo, el propio Mao decía que la GRCP no lograría sus objetivos sin la violencia, revulsivo que barrería con “los monstruos y fantasmas del pasado”:

De niña nunca me habían atraído las actividades colectivas, y entonces, a los catorce años de edad, me producían una aversión aún mayor. Si logré suprimir

²⁵ El verdadero nombre de la autora era Kang Er-hong, (“Segundo Cisne”) que en chino suena parecido a la palabra para “rojo pálido”. En la vorágine de la GRCP, ella escogió cambiarse el nombre a “Jung”, que en chino significa “asuntos militares”.

aquel rechazo fue debido a la constante sensación de culpa que, por mi educación, había llegado a experimentar cada vez que me apartaba de Mao. Me decía a mí misma constantemente que debía educar mis pensamientos de acuerdo con las nuevas teorías y prácticas revolucionarias. Si había algo que no entendiera, era mi obligación reformarme y adaptarme. No obstante, me sorprendí a mí misma intentando por todos los medios evitar actos militantes tales como detener a los peatones en la calle para cortarles el cabello si lo llevaban largo, estrechar sus pantalones o sus faldas o romperles los tacones de los zapatos. Según la Guardia Roja de Pekín, aquellas cosas se habían convertido en signos de decadencia burguesa (Jung, 2010, p. 291).

El conflicto interior de Jung se agudizó durante sus primeros desempeños como meritoria de la GR. En compañía de su grupo, debía fiscalizar lugares y personas de manera hostil, sin importar su edad o condición; solo importaba hacerle entender al resto de la sociedad que ellos estaban acabando con la vieja China a bayonetazos:

Comprendí entonces que ser revolucionario equivalía a ser agresivo y militante. La amabilidad se consideraba algo burgués. Fue criticada repetidas veces por ello, y llegó a aducirse como uno de los motivos por los que no aceptaban mi ingreso en la Guardia Roja (Jung, 2010, p. 293).

No obstante, a Jung le causaba enorme contrariedad toda la violencia que la rodeaba, y ello se reflejó en un desempeño blando y casi “burgués” durante su formación, atrayéndose numerosas acusaciones que no pasaban a mayores gracias a la alta posición que detentaban sus padres dentro del funcionariado:

A pesar de mi evidente falta de entusiasmo, no llegué a tener problemas durante aquella época [...] Según la teoría de la descendencia, yo era roja desde mi nacimiento debido a la categoría de alto funcionario de mi padre. Todos me mostraban su desaprobación, pero en lugar de tomar medidas drásticas se limitaron a criticarme (Jung, 2010, p. 297).

Aunque sus padres no comulgaban con la GRCP por considerarla ajena a los valores auténticos del comunismo, Jung no podía evitar la atracción fatal por el llamado de Mao. Toda su generación se había criado en el culto al hombre que forjó la nueva China con su voluntad de acero. Mao era sagrado: su imagen, su criterio, sus palabras y, sobre todo, sus órdenes; defraudar al Gran Líder —el verdadero padre de todos los niños chinos— equivalía a traicionar al pueblo, el peor crimen en una sociedad completamente colectivizada. Por

ello, Jung se obligó a superar su natural repugnancia a la violencia moral y física que impartía la GR; después de todo, si así lo ordenaba Mao, acaso era la única manera de conseguir el gran objetivo final:

Al igual que muchos chinos, me hallaba entonces imposibilitada para desarrollar un pensamiento racional. Nos sentíamos todos tan acobardados y confundidos por el miedo y el adoctrinamiento que nos hubiera resultado inconcebible apartarnos del camino señalado por Mao. Además, estábamos tan abrumados por las falacias de la retórica, la desinformación y la hipocresía que resultaba prácticamente imposible vislumbrar la realidad de la situación y llegar a un juicio sensato (Jung, 2010, p. 309).

Así, venciendo sus reservas morales, Jung se entregó por completo a la causa de la GRCP. Aunque se mantenía discretamente alejada de los actos de obligatoria violencia, lograba encajar cada vez mejor:

Nadie me forzaba a ingresar en la Guardia Roja. Era yo quien deseaba hacerlo. A pesar de todo cuanto ocurre a mi alrededor, mi aversión y mi miedo no se hallaban centrados en un objeto claro, y nunca se me ocurrió poner en tela de juicio a la Revolución Cultural o a la Guardia Roja de un modo explícito. Ambas eran creación de Mao, y Mao se hallaba fuera de toda duda (Jung, 2010, p. 309).

Este proceso de forzosa adaptación culminó con su peregrinación a Pekín a finales de 1966 en la que, junto a millones de jóvenes provenientes de todo el país, acudió a la plaza de Tiananmen con la expectativa de recibir el saludo del Gran Timonel. Para Jung y todos los que allí se encontraron, el saberse tan cerca de Mao retribuía con creces el interminable viaje y las fatigosas incomodidades del alojamiento en una capital abarrotada y desbordada:

¡Vamos a ver al Presidente Mao mañana! —exclamó (el guía del grupo)—. El resto de sus palabras se vieron ahogadas por nuestros vítores. Tras los primeros gritos confusos, dimos rienda suelta a nuestra excitación coreando consignas: “¡Viva el presidente Mao! ¡Seguiremos eternamente al Presidente Mao!” (Jung, 2010, p. 325).

Sin embargo, la estabilidad de Jung dentro de la GRCP cambiaría drásticamente. En enero de 1967, Mao ordenó la campaña conocida como “Tormenta de Enero” y los padres de Jung —en especial su padre, alto funcionario en la Dirección de Cultura de Sichuan— resultan víctimas de acusaciones y hostigamiento. El padre de Jung era muy respetado por su sólida ética comunista, pero también se había granjeado envidias; fue precisamente el

encono de los envidiosos el combustible de este nuevo giro de la GRCP: miles de funcionarios se vieron cruelmente perseguidos sin derecho a defensa, entre ellos, el padre de Jung, cuya situación empeoraba debido a su más que tímido desacuerdo con esta revolución de Mao. El señor Chang intentó enviar dos cartas al Gran Timonel para exponerle sus opiniones respecto a la violencia y el caos reinante, pero ambos intentos fueron utilizados en su contra: lo encarcelaron y torturaron física y psicológicamente, ocasionándole la pérdida del juicio²⁶. Por su parte, la madre de Jung, con una probada trayectoria en el funcionariado educativo de Sichuan, también fue perseguida y atormentada²⁷; la sometieron a interminables asambleas de acusación en las cuales recibió maltratos físicos y morales que le causaron secuelas de por vida. Así se le retribuía una vida dedicada al servicio de la Revolución.

Para Jung, el tormento de sus padres constituyó un doble golpe; por una parte, el de presenciar las consecuencias de la violencia sobre ellos; por otra, el pasar de ser una privilegiada joven *roja* a una *negra* sin derechos ni prerrogativas.

²⁶ Jung Chang relata: “pasó el tiempo y, por fin, en el mes de abril [de 1968], reapareció mi padre. Al verle, experimenté un alivio y felicidad inmensos, pero mi alegría se trocó casi inmediatamente en horror. En sus ojos resplandecía una luz extraña. Se negó a revelarnos dónde había estado y, cuando por fin habló, apenas pude comprender sus palabras. Pasaba los días y las noches sin poder dormir, y caminaba de un lado a otro del apartamento hablando consigo mismo. Un día, nos obligó a todos los miembros de la familia a salir bajo una lluvia torrencial, diciéndonos que así experimentaremos la tormenta revolucionaria. Otro día, después de recoger el sobre con su paga, lo arrojó al fogón de la cocina afirmando que con ello buscaba romper con la propiedad privada. Poco a poco, fuimos conscientes de la terrible realidad: mi padre había perdido el juicio [...] Lo que había sucedido en realidad era que, mientras estuvo en prisión, sus interrogadores no habían cesado de decirle que su mujer y su familia le abandonarían si no escribía su ‘confesión’. La insistencia por obtener confesiones firmadas constituía una práctica habitual. Para destrozarse la moral de las víctimas resultaba esencial obligarlas a admitir sus ‘culpas’. Mi padre, sin embargo, dijo que no tenía nada que confesar y que nada escribiría” (Jung, 2010, pp. 354-355).

²⁷ Jung Chang relata: “mi madre fue paseada por las calles en varias ocasiones con un grotesco gorro en la cabeza y un pesado cartel colgando del cuello en el que aparecía su nombre escrito junto a una gran cruz en señal de humillación y eliminación. Cada pocos pasos, ella y sus colegas eran forzados a arrodillarse y realizar el kowtow frente a la muchedumbre. Los niños se mofaban de ella. Algunos gritaban que sus kowtows no habían sido lo bastante sonoros y exigían que se repitieran. En tales ocasiones, mi madre y sus colegas se veían obligados a golpearse la cabeza ruidosamente sobre el pavimento de piedra” (Jung, 2010, p. 335).

El piso bajo sus pies se movía y no sabía por qué; se había entregado al mandato de Mao, trabajó, confiscó, interrogó y peregrinó y, sin embargo, de un momento a otro, ella y su familia pasaban a ser considerados capitalistas, derechistas y enemigos del pueblo. Hasta entonces, había sido una GR de la élite política; ahora, era el objetivo de los llamados *Rebeldes*, quienes tenían orden de ir contra todos los funcionarios y sus hijos:

¿Qué era lo que había convertido a las personas en monstruos? ¿Cuál era el motivo de aquella brutalidad sin sentido? Fue durante aquel período cuando comenzó a debilitarse mi devoción por Mao. Anteriormente había visto a gente perseguida sin poseer la certeza de su inocencia, pero conocía bien a mis padres. Mi mente comenzó a verse asaltada por dudas acerca de la infalibilidad de Mao. Como muchas otras personas, no obstante, en aquella época solía culpar fundamentalmente a su esposa [la de Mao] y a la autoridad de la Revolución Cultural. El propio Mao, el Divino Emperador, continuaba libre de cualquier sospecha (Jung, 2010, pp. 359-360).

Este paso del entusiasmo a la decepción se concretó en Jung el día de su décimo sexto cumpleaños, el 25 de marzo de 1968. Entonces, escribí ocultamente su primer poema mientras sus padres seguían detenidos y las diferentes facciones *Rebeldes* se disparaban mutuamente en el campus de la Universidad, donde había sido reubicada para vivir. Fue en medio de aquella tormenta cuando Jung supo que odiaba ese sistema político y el infierno que había desatado sobre todos:

Aquella noche [...] alcancé un momento decisivo de mi vida: siempre se me había dicho —y yo lo había creído— que estaba viviendo en un paraíso terrenal llamado China Socialista, completamente distinto del infierno del mundo capitalista. En ese instante, me pregunté: si esto es el paraíso, ¿cómo será el infierno? Decidí que quería comprobar por mí misma si, efectivamente, existía un lugar aún más azotado por el sufrimiento. Por primera vez, odié conscientemente el régimen bajo el que había vivido y deseé con todas mis fuerzas disponer de una alternativa. Aun así, de un modo inconsciente, continuaba evitando pensar en Mao. Mao había formado parte de mi vida desde que era niña. Él era el ídolo, el dios, la inspiración. El propósito de mi vida se había formulado en su nombre. Apenas dos años antes hubiera sido feliz de morir por él y, aunque su mágico poder se había desvanecido en mi interior, aún le consideraba sagrado e infalible. Incluso entonces, no osé desafiarle (Jung, 2010, pp. 374-375).

No obstante, y a pesar de que su odio hacia el comunismo se le reveló diáfano, Jung fue entonces incapaz de señalar al verdadero culpable de todo ese desastre personal y colectivo.

5. GAO XINGJIAN, UN HOMBRE SOLO

La estricta clasificación social que había realizado la autoridad de la GRCP dejó en una situación de deriva y precariedad a millones de chinos. Ser *gris* colocaba a cualquiera en una sombría perspectiva de autocríticas, requisas, interrogatorios y, eventualmente, tortura física y psicológica. En su condición de *gris*, el protagonista de la novela se sabe marcado y, en aras de sobrevivir, decide adoptar la crueldad de sus correligionarios, quienes fiscalizan la sociedad al tiempo que se escrutaban mutuamente en busca de “elementos contaminantes”. Respecto a su origen y la senda que debió tomar, Él escribe:

Por fin puedes volver al pasado de ese hombre, niño indigno nacido en el seno de una familia abocada al ocaso, que no vivía en la indigencia total, pero tampoco en la opulencia, más bien en la frontera entre el proletariado y la burguesía. Nació en el mundo antiguo y se crió en la nueva sociedad. Durante un tiempo creyó en la revolución; luego, pasó de la duda a la rebelión. Pero después se dio cuenta de que la revuelta no conducía a ninguna parte, se cansó y descubrió que en realidad no era más que un juguete en manos de los políticos. Entonces se negó a hacer el papel de lacayo o de chivo expiatorio. Sin embargo, como no podía huir, no tuvo otra opción que colocarse una máscara para mezclarse con los demás y vivir al día (Gao, 2003, p. 262).

Él ve su oportunidad cuando se forman los GR *Rebeldes* y se desata entre éstos una feroz competencia para demostrar quién es más ferozmente fiel a Mao. No había margen para la humanidad en medio de aquel pandemónium colectivo, por lo que él decide dobligar su humanidad y someterla al dictado de la supervivencia fundiendo el *yo* con el colectivo²⁸:

Por primera vez tenía claro que se había convertido en un enemigo “oculto en la sombra” y que, si quería sobrevivir, era necesario que se pusiera una máscara... ya eres una persona que no tiene remedio, y no sólo te has convertido en un simple enemigo, sino que te precipitas hacia el infierno (Gao, 2003, p. 74).

²⁸ Así, tal como explica Liu Zaifu, “el protagonista de la novela [...] era una persona muy sensible y dotada de un pensamiento sumamente complejo, pero en aquella época de terror, lo obligaron a hacerse idiota, tuvo que vaciar su cerebro para poder sobrevivir. Pero no lo hizo por su propia voluntad, ni tampoco quiso dejar de pensar. Por lo tanto, por una parte, trataba de disimular sus miradas, y por la otra, intentaba mantener su equilibrio interior a través de los monólogos” (en Gao, 2003, p. 538).

Para mantenerse a flote, primero debió abandonar su sueño de ser escritor; en ese contexto, cualquier frase o pensamiento no estrictamente revolucionario lo condenaría a la extinción. Luego, pensó, se hacía necesario colocarse en el mismo espectro emocional y moral que el resto de la juventud, lo cual le conducía directamente a alistarse en las GR. Sin embargo, él no era ingenuo, y sabía que su participación en estos grupos bendecidos por el Líder Supremo siempre estaría bajo sospecha dado su origen de clase. Al reunirse por primera vez con una agrupación *rebeldé* y con su guía, Danian, él intuyó el enorme sacrificio que representaría permanecer allí:

Sentado a un extremo de la mesa, [Danian] les dijo a los jóvenes que no estaban calificados para ser de las Guardias Rojas “todos los que asisten hoy a nuestra asamblea de Guardias Rojas pueden ser considerados como los compañeros de camino de nuestras tropas revolucionarias”, luego le dijo a él, llamándole por su nombre: “¡tú también, por supuesto, eres uno!” Sin embargo, él había leído la historia del Partido Comunista de la Unión soviética y sabía lo que realmente significaba la expresión “compañeros de camino” (Gao, 2003, p. 97).

“Compañero de camino” significaba ser sospechoso de “contrarrevolucionario” para los GR proletarios. No solo le perjudicaba su origen, sino también su “intelectualismo”, condición perseguida con ferocidad por la GRCP; proponer una estrategia racional, mostrar la más elemental cortesía o desarrollar mínimamente un pensamiento propio le valió numerosas y peligrosas acusaciones. Esto lo obligó a adoptar una ferocidad y falta de piedad que nunca creyó posible desarrollar:

En aquella época se convirtió en un zorro y era capaz de morder. Sabía enseñar los dientes y parecer terrible, ya no podía dejar que una jauría de perros de caza se le echara encima. La vida -si se podía llamar vida aquello- le había enseñado a convertirse en un animal salvaje, pero, como mucho, era un zorro cercado por los cazadores: al menor paso en falso, se arriesgaba a que lo cortaran en pedazos (Gao, 2003, p. 133).

Él fue cruel por necesidad, un lobo entre lobos. Los GR no solo tenían total autorización para destruir maestros, intelectuales, funcionarios o miembros del Partido, sino también para detectar traidores. Él lo sabía, y estaba consciente de que debía enterrar todo el humanitarismo que le enseñaron en la casa familiar, lo cual acarreaba la ejecución de constantes actos de alienación con los que se imponía ser alguien del todo ajeno a su propia naturaleza. Las interminables

autocríticas forzadas e interpelaciones grupales²⁹ le enseñaron que *ser* él mismo era la acción más peligrosa que podía acometer, por lo que recorría la ciudad con su grupo *rebeldes* requisando las casas de los intelectuales, miembros del Partido y funcionarios para interrogarlos con fiereza, esforzándose en parecer despiadado con los “enemigos derechistas” mientras ocultaba la mala consciencia que su comportamiento le generaba. Este debate interior lo hizo verse a sí mismo deformado, despojado de individualidad y humanidad: “de hecho, tú no eras nada más que un payaso miserable, un guisante que giraba en la gigantesca cesta de la dictadura total, incapaz de salir” (Gao, 2003, p. 332). Este esfuerzo titánico por sobrevivir —que fue el de millones de jóvenes chinos no asimilados al espíritu de la GRCP— se vio frustrado poco después, cuando Mao prescindió también de los *Rebeldes*; entonces, reflexionó: él, junto a millones de jóvenes, había sido sacrificado en aras de la vacuidad superior y monstruosa de un dios absoluto que decide sobre la vida y la muerte de todo un país; él, desengañado y exhausto, comprende al fin que su vida ha sido sacrificada en el altar de Mao:

Has tenido que creer en él, has pasado a ser su criado, su cómplice, te has sacrificado por él, y a ti te han sacrificado como ofrenda a su altar cuando ya no te han necesitado, te han enterrado o incinerado con él para realzar su brillante imagen. Tus cenizas deberán dejarse llevar por su viento hasta que él repose definitivamente en paz y todo haya terminado. Entonces serás como esas innumerales motas de polvo y desaparecerás sin dejar huella (Gao, 2003, pp. 211-212).

La persecución de que ahora eran objeto los primeros GR, le llevaron a decidir su huida hacia las profundidades del campo chino, a Anhui, donde quizá —pensó ingenuamente— la garra de Mao no fuera tan alargada; años después, recordando aquella angustiada necesidad de exilio mental y físico, escribió:

²⁹ Él se enfrentó constantemente a acusaciones como éstas:

“—¡Táctica, táctica, realmente eres un intelectual!

[...] —¡Eso es, nos unimos a todo el que quiera y permitimos que cualquier persona entre en nuestro movimiento! ¡La facción de los rebeldes no es un basurero! ¡Con esa línea oportunista de derechas vas a acabar con la revolución!

[...] —¡El poder dirigente revolucionario debe estar en manos de una izquierda auténtica y sólida, no debemos entregarlo a los oportunistas! —prosiguió mientras crecía su entusiasmo, con el rostro encendido.

[...] —¡Por medio de la lucha conseguiremos la unión! —Yu mostró el *Libro rojo* para recordarle su inapropiado origen de clase—. ¡No podemos escucharte, los intelectuales como tú siempre vaciláis en los momentos cruciales!” (Gao, 2003, pp. 237-239).

Es curioso cómo cambia la cara de la historia; mejor que no escribas nada de ella, mejor que sólo te remontes a tu propia experiencia. Entonces él era tan impulsivo, tan estúpido... y la amargura que siente hoy por haber sido burlado es como ingerir matarratas y no poder expulsarlo. Es fácil decir que no cuesta nada vomitar una cosa repugnante, pero, aunque se vomite, no hay ninguna seguridad de que uno se sentirá mejor (Gao, 2003, p. 19).

6. EPÍLOGO: UNA HUELLA INDELEBLE

La GRCP se prolongó oficialmente hasta 1975, experimentando un denso proceso de burocratización desde 1968 cuando las facciones *Rebeldes* fueron disueltas y el Ejército regular tomó el control del país. El poder político y administrativo derivó desde Pekín hacia las provincias a través de Comités Revolucionarios, mientras las escuelas y universidades reiniciaban sus actividades desde 1970 aún con lemas radicales, como el de desdeñar la cultura libresca y “bajar a los valles, subir a las montañas” para “aprender de las masas”, pero ya sin el ambiente inquisitorial y belicista que se había vivido en el periodo 1966-68. Los funcionarios y miembros del Partido sobrevivientes a la GRCP fueron rehabilitados en sus cargos, después de varios años “reeducándose” y haciendo autocrítica. Por su parte, la denominación “Guardia Roja” sobrevivió hasta 1976 a cargo de la Juventud Comunista, que solo emprendía actividades autorizadas explícitamente por el Partido para así desmarcarse del peligro anterior que significaban las GR originales y los *Rebeldes*.

En cuanto a la juventud, siguió estando bajo la égida ideologizante del Partido. Ya en la década de 1970, millones de jóvenes marcharon con entusiasmo -sincero o fingido- hacia el campo, atendiendo el reclamo de las autoridades. Para entonces, los días de las persecuciones, campañas intimidatorias y movilización violenta habían quedado atrás en favor de una sociedad burocratizada y estable. No obstante, la generación de Gao Xingjian y Jung Chang quedó indeleblemente marcada por los inicios de la GRCP. Permanecieran o no en China, todos los que fueron GR recordarían siempre la emoción y el enorme orgullo que sintieron al recibir el encargo de demoler los cimientos de la sociedad en aras de construir una utopía, y al mismo tiempo, la amargura de comprender cómo fueron embaucados, utilizados y sacrificados por la megalomanía del hombre que se hacía llamar “Padre de Todos los Jóvenes Chinos”.

Mao Tse-tung murió en Pekín el 9 de septiembre de 1976.

REFERENCIAS

- Anguiano Roch, E. (2017). Gran Revolución Cultural Proletaria de China, 1966-1976, *Cuadernos de Trabajo del CECHIMEX*, (3), 1-28. <http://www.economia.unam.mx/deschimex/cechimex/chmxExtras/documentos/cuadernos/Revista%20Cchmx%203%202017%20INDAUTOR.pdf>
- Badiou, A. (2010). *La Revolución Cultural ¿La última Revolución?* [Versión de Omegalfa Biblioteca Virtual]. <///C:/Users/Dell/Documents/F-14-02.pdf>
- Deng, R. (2006). *Deng Xiaoping y la Revolución Cultural. Su hija recuerda los años críticos* (Trad. Néstor Cabrera). Popular. (Original en inglés, 2002).
- Gao, X. (2003). *El libro de un hombre solo* (2ª ed.). (Trad. Xin Fei y José Luis Sánchez). Booket. (Original en inglés, 1999).
- Jung, C. (2010). *Cisnes salvajes* (6ª reimp.). (Trad. Gian Castelli). Circe. (Original en inglés, 1991).
- Jung, C. y Halliday, J. (2006). *Mao. La historia desconocida* (1ª reimp.).(Trad. Amado Diéguez y Victoria E. Gordo del Rey). Taurus. (Original en inglés, 2005)
- King Fairbank, J. (1996). *China, una nueva historia*. (Trad. Gila Sharoni). Andrés Bello. (Original en inglés, 1992).
- Margolin, J. L. (2010). China: una larga marcha en la noche. En Courtois, S., Bartosek, K., Margolin, J. L., Paczkowski, A., Panne, J. L. y Werth, N. *El libro negro del comunismo* (pp. 516-613).(Trad. César Vidal). Ediciones B. (Original en francés, 1997).
- Roffiel, R. M. (1978). La Gran Revolución Cultural Proletaria. En *Estudios de Asia y África, volumen 13*(2), 183-245. <https://estudiosdeasiayafrika.colmex.mx/index.php/ea/article/view/578/578>
- Service, R. (2009). *Camaradas. Breve historia del comunismo* (1ª ed.). (Trad. Javier Guerrero). Ediciones B. (Original en inglés, 2007).